

CAPITULO II

La agonía de la reacción

Muchos privilegiados tuvieron la precaución de huir al ver las primeras manifestaciones revolucionarias; pero cuando se acentuó la crisis la emigración tomó grandes proporciones.

Entre los fugitivos, unos eran superficiales, frívolos, que gustaban de la comodidad y temían las emociones; otros tenían razones más poderosas para cambiar de aires: su nombre tenía una notoriedad molesta que parecía condensar los odios populares. Para unos y otros la emigración era un mínimo accidente: los grandes paseos en automóvil, las excursiones a las orillas del Nilo o a los fiords de Noruega les habían impregnado de cosmopolitismo, y, seguros de que hallarían comodidad en todas partes, la expatriación era un incidente agradable. Además se hacían las mismas ilusiones que los emigrados de 1790: contaban volver pronto, y en las turbulencias del momento no veían más que el motivo de un viaje imprevisto.

Nada tan sencillo como emigrar: en pocas horas se ganaba en automóvil la frontera, sin más dificultad que la travesía de villas donde repercutía la revuelta, y aun los fugitivos más tenían que temer como automovilistas que como emigrantes, porque, en efecto, el auto era odiado como atropellador de gallinas y también de hombres, y, hallándose desencadenadas las pasiones, podían volverse contra él. No obstante, las represalias fueron escasas, y muy pocas terminaron trágicamente.

Los revolucionarios no dificultaron la emigración; al contrario, era deseada por muchos que veían en ella un expediente para continuar más fácilmente la expropiación capitalista. Como la revolución se hacía más contra las instituciones que contra los individuos, el éxodo de los privilegiados evitaba incidentes con ellos. Los emigrados podían llevarse su oro, pero no sus tierras, sus fábricas, sus inmuebles, lo que constituye la verdadera riqueza. Su partida facilitaba la ocupación de sus terrenos por los campesinos, la continuación del trabajo por los obreros emancipados y la utilización de los inmuebles que abandonaban.

Pero no emigraron todos los privilegiados: los hubo, como queda dicho, que se negaron

a dejar el campo libre a la revolución y que, derribado el parlamentarismo, se esforzaron en defenderse por sí mismos. En el mismo período el gobierno trató de reconstituirse en provincia; sus miembros, ministros, diputados, oficiales superiores, se habían reunido en el campo de Chalons, y allí, con algunos restos del ejército, intentaban reorganizar una fuerza militar y esperaban la ocasión de tomar la ofensiva.

La burguesía, para fortalecer su tentativa de oposición directa a la revolución, contaba con sus numerosos centros de unión: primeramente con las cámaras de comercio y los sindicatos patronales; después con los comités centrales, que en ciertas industrias habían intervenido la producción (centros metalúrgicos, hulleros y textiles), y contaban también con los grupos de seguros contra las huelgas y con otras muchas asociaciones burguesas.

Gracias a esa red de grupos, los privilegiados que querían defenderse podían creerse aún capaces de resistir; pero se hacían ilusiones: su horizonte social no se había ensanchado, y viéndose siempre en el mismo medio, no comprendían la transformación que se estaba realizando.

Los medios de acción eran sobre todo de orden financiero, y los organismos sobre que

esperaban fundar su oposición se adaptaban a la sociedad capitalista. Mientras el problema se había limitado a defender a un patrón o aun a toda una industria contra una huelga o un movimiento parcial, habían podido hacer frente al peligro; pero el caso era diferente: la revolución se había desencadenado, y era necesario refrenar la desorganización del régimen. Obra enorme, para la cual eran impotentes esas corporaciones cuyo poder industrial o comercial se había desvanecido.

¿Qué otra cosa podía esperar la burguesía de aquellas organizaciones mixtas e híbridas, compuestas de patronos y obreros resignados, fundadas para dar vida a los elementos de la reconciliación de las clases?

Esas fundaciones carecían de consistencia: los obreros que a ellas acudieron, por tímidos o espíritu de imitación, no estaban dispuestos a ponerse en batalla en defensa de sus patronos. Sin contar que en ellos se operaba una transformación: por necesidad se habían unido a los grupos confederales, y, en contacto con sus nuevos compañeros, se hallaron más dispuestos a defender la revolución que a combatirla.

Los burgueses, pues, se hallaban, con raras excepciones, reducidos a sus propias fuerzas y privados de lo que hasta entonces había

constituido su poder, la influencia del dinero. El oro había perdido su potencia esclavizadora; la vida era posible sin él; y hallándose asegurada la existencia de todos por el trabajo, el reclutamiento de mercenarios se hacía imposible.

Los privilegiados, habituados hasta entonces a ser defendidos, se vieron reducidos a defenderse por sí mismos. ¡Qué ruin defensa la suya! Los ex-reyes del crédito, del hierro, del carbón, de los ferrocarriles, todos los colosos de la industria capitalista, después de haber tenido bajo su yugo legiones de obreros, de haber dominado el Estado, de haber impuesto la servidumbre a los ministerios, se veían amputados de sus privilegios, más débiles que míseros abortos y desamparados hasta el punto de no saber si podrían comer mañana!

Nada realmente eficaz podían ya contra la revolución; porque no se trataba de derribar un ministerio, sino de anonadar la potencia creadora de las corporaciones obreras y de someter nuevamente en la esclavitud del salario a todo un pueblo emancipado, consciente de su poder y feliz por el triunfo de sus ideas. ¿Por dónde atacarían aquellos desdichados burgueses la sociedad nueva? No había centralización estadista, y los medios de comunicación y de transporte estaban en manos de las federaciones de trabajadores, que parali-

zarían todo intento reaccionario sin gran esfuerzo. La obra de contra-revolución era, pues, imposible.

Hemos visto que los revolucionarios, desde su triunfo, obraron con celeridad, no vacilando en tomar las medidas que se imponían: al mismo tiempo que se apoderaban de las fábricas, de los bancos, de toda la mecánica social, ocupaban las residencias de los trusts y todos los puntos donde los reaccionarios hubieran podido concentrarse y concertarse, por lo que éstos viéronse privados de los centros de unión sobre los cuales habían contado. ¡Todo se hundía en su rededor! ¡Su desastre era irremediable!

Penosamente se reunieron en algunas ciudades muertas, lejos de toda actividad económica, en rincones donde no había penetrado la revolución, como estado mayor sin soldados. Juntáronseles algunos aventureros de mentalidad de gorilas y algunos oficiales del antiguo ejército.

En cuanto a oficiales y suboficiales del ejército industrial, personal de directores, ingenieros y contramaestres, fueron en corto número; la mayoría, que habían sufrido a causa de constituir un verdadero proletariado intelectual, se negaron a correr aventuras con la reacción y pasaron francamente al pueblo.

Al amasijo de parásitos y de explotadores, que marcaron un gesto contrarrevolucionario, los confederados no opusieron más que el boicote. Se cortaron todas las comunicaciones con las localidades donde se refugiaron los privilegiados, dejándolas implacablemente aisladas, sin que en ellas penetraran trenes ni víveres, nada absolutamente. Y para que el círculo de boicote no pudiera romperse, se redobló la actividad para armar las cohortes sindicales de aquellas comarcas, proveyéndolas de ametralladoras y de cañones-revólvers, que, montados sobre automóviles, fueron terribles amenazas; no para tomar la ofensiva contra los reaccionarios, sino para rechazarlos rápidamente si se decidieran al ataque.

¡No lo intentaron!...

Carecían de armas, de municiones, de todo. Se habían trocado los papeles. El proletariado estaba armado, ellos lo estaban muy poco, y nadie lo estaba para luchar en su defensa.

Su situación era tan precaria como la que había sufrido largo tiempo el pueblo, con la circunstancia, agravante para ellos, de que luchaban para reconquistar privilegios, en tanto que el pueblo había sido sostenido en su martirio por un ideal de libertad.

Respecto del fantasma de gobierno que en

Chalons trataba de sostener una ilusión de vida y procuraba unir en un haz los restos esparcidos de la resistencia capitalista, se usó de extremado rigor.

Un riguroso boicote rodeó el campo. Los gubernamentales apenas podían comer; carecían de municiones y quedaban reducidos a los antiguos medios de ataque y defensa, sin perfeccionamiento ni modificación posible. A los confederados les era fácil obtener, por mediación de sus sindicatos, los metales más diversos, aceros, aluminio u otros; pero a los refractarios les era difícilísimo, porque para ellos no había comercio de metales.

Los gubernamentales habían de vivir sobre el pasado, y en esto consistía su inferioridad, frente a los confederados, sobre todo, en lo concerniente a los terribles instrumentos aéreos de guerra, como aeronaves y aeroplanos.

Cuando los gubernamentales estuvieron estrechados por el boicote como en una prensa, se emplearon contra ellos durísimos procedimientos de destrucción. Esos procedimientos eran conocidos teóricamente, pero los gobiernos no habían querido recurrir a ellos, porque cuando lanzaban los pueblos unos contra otros, querían dar a la matanza cierto decoro diplomático, y se negaban a hacer una guerra de exterminio, que hubiera sido tan peligrosa para

los generales como para la simple carne de cañón.

Al amanecer de un día radiante, una flotilla de aeronaves volaba sobre el campo de Chalons. Los aviadores, que habían tomado la iniciativa de la expedición, y que obraban espontáneamente, manifestaron gran audacia y sangre fría: evolucionaron a corta altura, y con una precisión que no perturbó el tiro enemigo, realizaron su obra de exterminio.

Bombardearon el campamento. Y las bombas que arrojaron como granizo eran de dos clases: unas contenían un explosivo violento, otras gases asfixiantes.

¡Los efectos fueron horribles! La explosión casi silenciosa de las bombas asfixiantes, que en una gran extensión derribaban y mataban hombres, era más siniestra que la de las bombas detonantes. Aquéllas desencadenaban sobre la llanura un huracán de fuego, mezclado con agudos silbidos y golpes sordos.

En menos de una hora no quedó una casa ni una casamata en pie. Los cañones yacían, esparcidos, desmontados, ruedas y cureñas rotas. Los hombres fueron sobrecogidos de indecible terror. Los que en el primer momento intentaron una lucha inútil, pronto renunciaron

a ella, produciéndose una huída desenfadada y loca en todas direcciones...

Se dejó escapar sin armas a los sobrevivientes. Los confederados no tenían más propósito que defenderse, aplastar definitivamente la reacción y no perseguir a los vencidos. Algunos lograron pasar las fronteras...

¡Aquello fué el fin!

La burguesía quedó aniquilada; a pesar del dolor que sentía por el trastorno social y la pérdida de sus privilegios, no pudo intentar nada eficaz contra la revolución: ya no era más que un polvo humano, incoherente y sin medios de acción. Indudablemente contenía en su seno individualidades capaces de valor personal y de actos heroicos, pero carecían ya de tierra que pisar: el federalismo triunfante cumplía una justificación progresiva.